

cidez. Explica su *inveterada deliberacion*, se acuerda de la segunda pistola y le pesa no haberla empleado. «No he tenido la advertencia de hacer el segundo disparo de que tengo gran pesar y descontento.» Ignoraba entonces que el príncipe había caído muerto de un balazo en el corazón (1). Pero no se deja mucho tiempo al asesino entregado á sus recuerdos: se le saca del calabozo y se le entrega por espacio de tres días á los más ingeniosos verdugos, descubriéndose entonces con estupor que ningún dolor obra sobre él: sus nervios tienen completa insensibilidad. «Azotaronlo cruelmente dos ó tres veces, y untándole todo el cuerpo con miel, le echaron un macho cabrío para que lamiéndolo con su áspera y escabrosa lengua le arrancase la piel y aún la carne al mismo tiempo... Después de torturado rigurosamente por varias maneras, lo pusieron en un harnero, atado de pies y manos en forma de bola, y no cesaron de atormentarlo para impedirle que durmiera en las noches siguientes, inventando todos los géneros de tormentos que pudieron imaginar: estando pendiente en el aire, le ataron al dedo gordo del pié un peso de ciento cincuenta libras... introduciéndole entre uña y carne largas agujas. No daba ningún grito ni señal de dolor, ni hacía ningún movimiento (2). En mi vida he visto en hombre mayor resolución ni constancia. Ni una vez dijo ¡ay de mí! sino que en todos los tormentos se mantuvo callado, diciendo sólo oraciones en voz baja, á lo que pudo creerse por el movimiento de sus labios (3).»

Luégo que se cansaron los atormentadores (4), se pasó á la ejecucion. Gerard, que tenía los piés estropeados por la tortura, pudo sin embargo andar hasta el suplicio, sin revelar ningún dolor; hasta se le vió sonreír cuando un ayudante del verdugo se hirió con las herramientas que se iban á utilizar. El primer instrumento empleado para la ejecucion fué un tornillo de hierro que, enrojecido al fuego, sirvió para quemarle la mano derecha. Gerard levantó el mutilado y humeante brazo con cierto orgullo tranquilo. Acto seguido, se le tendió en un banco y se le fueron arrancando uno á uno músculos y huesos. «Cuando se le arrancaba la carne de los miembros con tenazas candentes,

(1) Una de las balas le traspasó el corazón; la otra se le quedó en el mismo corazón. Este hecho hace inverosímiles las palabras que los escritores protestantes atribuyen al príncipe en aque momento.

(2) Relacion de Juan Ballin.

(3) Relacion de Aerssens.

(4) Recibieron 55 libras cada uno, suma excesiva para aquel género de trabajo en aquella época.

no dió ningún grito ni lanzó el mas ligero suspiro, lo que hizo creer á los holandeses que estaba poseído del diablo, y á los españoles que no sino de Dios estaba asistido (5).» Los testigos de todas las naciones que presenciaron tales escenas están unánimes en admirar «su impasible semblante y su inquebrantable valor (6).»

Hoy se comprende claramente que Baltasar Gerard estaba en una de esas crisis del delirio que lo trabajaba de quince años atrás: estos fenómenos de aberracion nerviosa son ya bien conocidos (7). Así, puede decirse que el verdadero culpable no fué el alucinado místico que en un largo acceso de éxtasis soltó el pistoletazo, sino Felipe II. Y Felipe II no pudo prevalecerse de las consultas de sus casuistas: por seductores que sean los sofismas destinados á engañarla, la voluntad peca siempre cuando llega á violentar á la Providencia. El pobre asesino es sólo un instrumento, y aún pudiera decirse una víctima.

Sólo al cabo de quince días supo Alejandro Farnesio que estaba muerto su adversario, y creyó que Gerard dejaba por ejemplo al mundo una memoria heroica de sí y de su acto (8). Granvela por su parte decía: Francisco de Valois y Guillermo de Orange están muy bien donde están (9), y si la reina madre muriera también, no se perdería gran cosa (10). Pero Felipe, que no había entregado á Añastro la recompensa prometida (11), hubo de tardar mucho en poner el precio convenido en manos de los herederos de Gerard. Al cabo de cinco años, los solicitantes habían gastado seis mil escudos muy caramente tomados á préstamo sin haber recibido más que títulos de nobleza (12).

Guillermo de Orange murió como Coligny. Los dos fueron siempre desgraciados en sus empresas militares; pero Coligny se declaró calvinista en cuanto su conciencia creyó poseer la verdad. Guillermo de Orange simuló mucho tiempo un apego engañoso al dogma católico;

(5) Du Maurier, *Memorias*, pág. 150.

(6) Relacion italiana de los Ms. de Berlin. Extracto dado por Gachard en el *Bolet. Com. real hist.* año 1873, p. 62.

(7) Estas perturbaciones de la enervacion que se observaban en los poseídos (*Malleus maleficorum*, pág. 166), los convulsionarios y magnetizados y se observan también en los derviches volteadores y aulladores, los aisauas y los faquires, están perfectamente clasificados y definidos por la ciencia. V. Calmeil, *De la locura*, descripcion de las grandes epidemias de delirio; Landouzy, *De la histeria*, y las observaciones sobre la catalepsia, histeria hechas por Charcot, Bourneville, Richer.

(8) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 125.

(9) *Ibid.* p. 126.

(10) *Ibid.* p. 199.

(11) *Ibid.* p. 110.

(12) *Ibid.* p. 225. Del 4 de marzo de 1589.

tuvo condescendencias con todas las sectas y debilidades para todos los fanáticos, habiendo alejado con una política demasiado hábil á los hombres que, sin él, hubieran podido servir para la emancipacion del país. Coligny, sincero en su fe, piadoso para con su Dios, supo sin embargo preferir su patria; se retiró con horror

de la guerra civil, arriesgó su religion y sacrificó su vida por no continuar la obra de destruccion contra Francia. No conocía las intrigas de la ambicion ni las concupiscencias de la tierra, ni el desaliento en los reveses de fortuna, alabando á Dios hasta en las crisis más terribles.

CAPITULO VI

EL DUQUE DE GUISA

1582—1588

UNION DE ENRIQUE DE GUISA Y FELIPE II CONTRA ISABEL.—CONSTITUCION DE LA LIGA.—
ÚLTIMOS AÑOS DE ENRIQUE DE GUISA

I.—Union de Enrique de Guisa y Felipe II contra Isabel

Felipe II no había renunciado nunca á su deseo de recobrar la autoridad en Inglaterra. Comprendía las ventajas de la restauracion del catolicismo entre los ingleses, y quería también destruir toda esperanza de socorro que fundaran en Isabel los protestantes holandeses. Pero si bien concedía poco al sentimiento caballeresco de hacerse el campeón de María Estuardo, sabía que la imagen de la viuda perseguida no dejaría de impresionar la imaginacion del duque de Guisa; y para arrastrar á los Guisas á una lucha contra Inglaterra, hubo de explotar hábilmente las desgracias y los derechos de María Estuardo.

Las relaciones de la casa de Guisa con España se habían reanudado hacia muchos años por los buenos oficios del cardenal de Lorena; pero podían excusarse hasta entonces bajo el pretexto de sostener la causa católica en Francia: Enrique, duque de Guisa, acometió el empeño de hacerlas servir á sus intereses privados, fuera que la esperanza del trono hubiera nacido ya en su corazón, fuera que las deudas que lo agobiaban hicieran necesarios subsidios en dinero. A la hora en que comienza la serie de sus traiciones, se debe recordar que no pueden justificarse por la paradoja de que el sentimiento del patriotismo no se había desenvuelto aún, porque un siglo ántes se decía ya del caballero Bayardo (1): «Nunca quiso servir más que á

su príncipe, bajo cuya mano no poseía grandes bienes, habiéndoselos ofrecido mayores en otra parte. Pero siempre decía que moriría por sostener el bien público de su país.»

Desde 1581 figura el duque de Guisa con el seudónimo de *Hércules* en la correspondencia de los españoles, como un agente secreto (2), da informes políticos, pide dinero y obtiene al fin en setiembre de 1582, una orden de Felipe II para cobrar diez mil escudos (3). «Demás de lo dicho arriba, escribe el rey al firmar la carta cifrada, podreis decir á *Hércules* que mire que en lo de la religion se puede tener tan poca seguridad del primero que allí se dice como del segundo.» (Enrique III y Enrique de Navarra.)

El enganche de tan valioso agente no hubo de confiarse al embajador Tassis, habiéndose necesitado para ello las gestiones del confidente especial Don Juan Moreo.

Moreo, hoy olvidado, era famoso entre los españoles de su tiempo por esta conquista del duque de Guisa. «Ese, pobre caballero de Malta, decían (4), llegó á ser primer móvil de

(2) Ms. Arch. nac. K. 1560 y 1561. Lo que ha engañado sobre la época de estas primeras relaciones es la costumbre de ver al duque de Guisa con el seudónimo de *Mucio*. Este seudónimo no aparece hasta principios de 1584 (en abril, si no estoy equivocado, K. 1563, pieza 7); hasta esta época se llama *Hércules* el duque de Guisa en las correspondencias españolas. Lo que hizo cambiar la cifra fué sin duda un accidente del género del de Miguel Vaez. En cuanto á la atribucion de *Hércules*, véase K. 1561, piezas 18, 53, 60, 76, 90 y sobre todo K. 1573, pieza 14. En fin K. 1571, pieza 78, dice (pág. 1.ª) que Guisa envió á Meneville á Escocia. Lo que sigue completa la prueba.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 14.

(4) Coloma, edic. Ribadeneira, p. 33.

(1) *Loyal Serviteur*, pág. 427, edic. Soc. hist. franc.

las furiosas guerras que abrasaron tantos años á Francia; excesivo gastador de la hacienda del rey y atrevidísimo comprador de voluntades: este ganó la del duque de Guisa, de manera que le hizo español de corazón y le confirmó en el aborrecimiento contra los herejes.» Igualmente sabrá ganar en el momento oportuno el favor del duque de Lorena por una pensión de veinticinco mil escudos mensuales (1); y al propósito viene á establecerse en Francia como el confidente favorito y dispensador de las larguezas de Felipe II.

Pero no se hace sentir al duque de Guisa la mano del amo inmediatamente despues del primer pago: cuando se le piden revelaciones sobre los proyectos de Francia, todavía es «suplicándole en favor de la cristiandad, como príncipe católico (2).» Se teme que intente retroceder en la vía á que se le empuja (3), y se mantienen sus buenas intenciones con presentes de caballos (4), hasta que al fin se le promete secundarlo en la invasion de Inglaterra, para la cual se considera en aptitud.

—Necesito para derribar á Isabel, declara Enrique de Guisa (5), cien mil escudos y el apoyo eficaz del Padre Santo.—Aceptado el ofrecimiento de *Hércules*, contesta Felipe II (6): «he escrito á S. S. pidiéndole que acuda con presteza en lo del dinero y ofrecido de contribuir de mi parte; pero holgaria de entender más en particular las fuerzas y correspondencias y modo con que lo piensa executar, porque aunque no tengo duda que él con su prudencia y experiencia lo terná todo bien trazado, todavía me dará contento entenderlo más por menudo. Fuera desto debe insistir por su parte para lograr el dinero de la Santa Sede.»

La verdad es que los recursos del duque de Guisa descansan, sobre todo, en su imaginación. Ha enviado á Meneville, caballero á su devoción, á ver al rey de Escocia Jacobo VI (7).—De buena voluntad, contesta este príncipe (8), vería al duque de Guisa emprender la liberación de mi madre María Estuardo. Por lo demás, estoy muy satisfecho de Meneville «que ha tanto celebrado mis virtudes y raras cuali-

(1) En 1588. Lepage, *Cartas é instrucciones de Carlos III*, p. 28.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 18, del 13 enero 1583, Tassis al rey.
(3) *Ibid.* pieza 36, del 25 febrero 1583, Tassis al rey.
(4) *Ibid.* pieza 53.
(5) *Ibid.* pieza 60, del 4 mayo 1583.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 76, del 6 junio 1583, Felipe á Tassis.
(7) *Ibid.* pieza 78.
(8) *Ibid.* pieza 97.

dades que ha sido Dios servido darme.»—Buena cosa confesar esto de sí mismo, escribe Felipe al márgen. Pero no era esto un motivo para creer que Jacobo VI suministrara tres mil escoceses al ejército de invasion; y todavía eran ménos seguros los diez y siete mil ingleses que también habian de incorporarse (9). *Hércules*, sin embargo, cuenta con ellos como si estuvieran ya en las costas de Inglaterra: se embarcará en Dunkerque, donde debe juntársele Bernardino de Mendoza, que cree conocer exactamente á Inglaterra y llevará pilotos. La escuadra arribará á Plymouth (10): bastará que Felipe II envíe «cuatro mil soldados y aún ménos (11), y esto por la grande disposición que ay de intentalle sin más dilaciones este año.» También es preciso que haya dinero para comprar cinco mil arcabuces y mantener diez mil hombres por espacio de muchos meses. Así, «no es menester otra cosa que dinero. Su Santidad se digne alargar un poco y dar por una vez una suma de dinero proporcionada á la grandeza de la empresa y dejar todo el negocio al rey católico y á *Hércules*.»

«Segun esta instruccion, pone Felipe al márgen (12), no parece que tiene aún las cosas tan prevenidas;» y receloso de esta ligereza en su exceso de circunspeccion, retarda la partida.—«Del retardo, escribe Tassis al rey (13), acusa al Padre Santo, que no á vos. Se muestra en todo muy aficionado nuestro y muy merecedor de que V. M. le honre y haga merced.»

La primera expresion de diez mil escudos fué ordenada en setiembre de 1582; se pagaron la tercera y la cuarta el 5 de mayo de 1583 (14) y la segunda se ordenó el 24 de junio del mismo año (15). Despues llega á recibir el duque de Guisa hasta cincuenta mil escudos de una vez, habiendo recibido de Felipe II en los últimos años de su vida cerca de quinientos mil escudos de oro (16). Este servicio de cau-

(9) El detalle de estas supuestas fuerzas se halla en la carta al papa, K. 1561, pieza 99; los tres condes de Westmoreland, de Northumberland y de Cumberland (esto es absurdo) deben apostar cinco mil hombres; el baron Varton dos mil, el baron de Crez (?) y el obispo de Durham suministrarán el resto.
(10) Yo creo á lo ménos que es Plymouth; el texto dice que este puerto se llama en inglés *the pileos funder*.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 90, del 23 jul. 1583, Tassis al rey.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 101, del 23 agosto 1583.
(13) *Ibid.* pieza 116, nov. 1583, Tassis al rey.
(14) *Ibid.* K. 1573, pieza 25.
(15) *Ibid.* pieza 22. «Los segundos X.M. escudos. Yo el rey, 24 de junio de 1583».
(16) Una cuenta K. 1573, pieza 56, indica sólo 428.167 escudos de oro. Pero está incompleta, porque si se toman, en vez de estos seis años, los cuatro primeros solamente, se tendrá una suma superior. Ahora bien, en los dos últimos de 1587 y 1588, hubo de recibir el duque de Guisa las más fuertes subvenciones. Hé aquí el detalle:

dales secretos que va á absorber todos los recursos de España, subvenciona desde entónces, además del duque de Guisa, á los Padres Mínimos para las provincias de Anjou y Bretaña (1), á Fray Ambrosio de Regibus, doctor en teología (2), á correspondientes secretos y personas particulares (3). Singular fatalidad que trae á nuestras manos, despues de tres siglos, las piezas de estas misteriosas cuentas, las reúne como por un contador real y descubre lo que entre sí se ocultaban los varios agentes de tan deshonorosas larguezas. Los ingleses no eran tampoco más rehacios á la corrupcion. Si puede atribuirse más bien á la caridad que á la política la renta anual de mil escudos servida por Felipe II á las religiosas inglesas de Ruan, y la de dos mil al seminario de Reims (4), no se pueden explicar sino por una degradacion moral las sumas que recibian regularmente estos señores (5): el conde Carlos de Westmoreland ochocientos escudos; lord Paget, baron de Beaudésert, ochocientos escudos; Carlos Paget, cuatrocientos escudos; y Tomás Throckmorton, y Tomás Morgan, y el doctor Nicolás Wendon, y Carlos Arundel (6) y otros (7).

Pero los dispensadores de estos beneficios hubieron de dar con un hombre tan poco escrupuloso como ellos mismos y caian en sus lazos. Walsingham sabia desde junio de 1582, ántes del primer pago al duque de Guisa, todos los proyectos de invasion (8): compraba los espías de Felipe II, mantenía correspondencias hasta entre la preciosa juventud del seminario inglés de Reims y desviaba á los sacerdotes comprometidos contra la soberana. Dos de estos semi-

Setiembre . . .	1582 . . .	10.000 . . .	K. 1573, 14
Mayo . . .	1583 . . .	20.000 . . .	K. 1573, 25
Junio . . .	1583 . . .	10.000 . . .	K. 1573, 22
Setiembre . . .	1584 . . .	12.000 . . .	K. 1573, 26
Mayo . . .	1585 . . .	300.000 . . .	Pagados en Chalons por Gabriel Alegría.
Junio . . .	1586 . . .	50.000 . . .	K. 1573, 42
Diciembre . . .	1586 . . .	50.000 . . .	K. 1573, 43
452.000			

(1) Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 30, agosto 1583.
(2) *Ibid.* pieza 37.
(3) *Ibid.* K. 1561, pieza 38.
(4) *Ibid.* K. 1564, piezas 116 y 263.
(5) Estas cuentas llegan hasta el 1.º de junio de 1588; la última cita es la pieza 265, K. 1564.
(6) Carlos Arundel murió en 1587. Se tiene de él una carta muy obsequiosa en francés, á Don Diego de Idiaquez (K. 1566, pieza 73); hay otra muy humilde también de lord Paget de Beaudésert, en italiano, al mismo Idiaquez (*Ibid.* pieza 112). Un tal Richard Burleigh, acaso pariente del primer ministro Cecil, recibía 270 escudos. (*Ibid.* K. 1578, 6).
(7) Puede considerarse como socorro lo que se había distribuido á Gilbert Curle, secretario de María Estuardo, á su hermana y á Pedro Borjon, boticario (Borjon es sin duda Bourgoing). La hermana de Gilbert Curle, Isabel Curle, estaba casada secretamente con el mayor-domo escocés de María Estuardo, que era protestante (K. 1567, 90).
(8) Lodge, tom. II, pág. 274.

naristas, Greatly y Gifford, fingian en Reims y en Lóndres el fanatismo religioso y la abnegación más entusiasta por María Estuardo, y estaban pagados por Walsingham (9). Cuando no bastaban sus denuncias para hacer condenar á los cándidos que arrastraban, recurría Walsingham á sus falsarios que copiaban ó inventaban cartas sorprendidas: su Peter Bales (10) sólo sabia contrahacer la letra, pero su Tomás Phelps descifraba las piezas interceptadas añadiendo á las frases traducidas las palabras que las hacian criminales; redactaba la contestación cuando sólo poseía la pregunta y, caso necesario, correspondencias enteras. Su talento fué retribuido con una pensión de cien marcos hasta el día en que el mismo Walsingham lo hizo encerrar en la torre.

El primer denunciado fué el más comprometido en las conspiraciones contra Isabel, el mismo embajador de Felipe II en Lóndres, Bernardino de Mendoza. Su papel fué tan poco disimulado (11) que los ministros Burleigh y Walsingham se creyeron en el derecho de significarle en nombre de la reina (12) que saliera de Inglaterra dentro de quince días, si no quería ser castigado.—Ni una palabra más, ó espada en mano, señores. ¡Cómo se entiende! ¡Castigarme á mí! ¿Y quién ha de castigarme? ¿Vuestra reina? Me rio de ese amago. Id á decir á vuestra reina, que si no le agrado como agente diplomático, tendrá que tragarme muy luego como agente militar.

Mendoza, el veterano de las guerras de Flandes, fué mantenido en la diplomacia por Felipe II y enviado á Paris. El duque de Guisa perdió un enemigo en Francia, á la vez que este aliado en Inglaterra. Acababa de negarse á la reconciliación con Francisco de Valois (13), cuando la muerte de este príncipe lo decidió á concentrar en Francia todos sus pensamientos de ambición.

II.—Constitucion de la Liga

Aislado entre las intrigas de los suyos sobre Portugal y los Países Bajos y las prendas que seducian á sus grandes palaciegos y hasta á los músicos de sus bailes (14), caía Enrique III en tales indecisiones que un magistrado (15) califi-

(9) Labanoff, tom. VI, pág. 280.
(10) Nació en 1547; murió en 1610.
(11) Julio Gautier, *María Estuardo*, tom. II, p. 329 y siguientes.
(12) El 24 enero 1584.
(13) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 7, del 10 abril 1584, Tassis al rey.
(14) Ms. Arch. nac. K. 1564, pieza 116.
(15) Colec. Benjamin Fillon, pieza 891, Carta de Bernabé Brisson, del 17 junio 1584.

caba su triste política con estas palabras: Todo es indecisión; el temor de los Guisas les aprieta la garganta y los sacude tan fuertemente que la palabra del día no asegura la del día siguiente, pudiéndose aplicar al rey aquel refran de «dos al saco, y el saco en tierra.»

La muerte de Francisco de Valois dejaba á lo ménos á Cambray en poder de Francia; pero miéntras el español se regocijaba de verse desembarazado del príncipe que lo había tenido



El duque Enrique de Guisa

en inquietud y podía sostener aún á los rebeldes de Flandes (1); miéntras Villeroy, el ministro inteligente, decía (2): Nos cuidaremos lo mejor que se pueda de Cambray y de toda la frontera, el duque de Guisa organizaba á sus partidarios en toda Francia en una Liga bajo la inspiración de la democracia parisiense.

Los verdaderos creadores de la Liga, los que recogieron las adhesiones en los cinco últimos meses de 1584 y urdieron la red de las afiliaciones, no fueron sino revoltosos sin oficio ni beneficio, como sucede siempre en el origen de todas las sociedades secretas: pueden citarse Carlos Hotman, recaudador del obispado de

(1) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 13 del 10 de mayo 1584. «Enfermedad es que todavía nos exime de alguna zozobra, porque si estuviera bueno, muy de creer era que procurara de alentar los rebeldes de Flandes.»

(2) Villeroy á Matignon, del 21 julio 1584, p. 122.

Paris (3), Juan Leclerc, maestro de esgrima de los reclutas del regimiento de Lorena, y Crucé, abogado. Estos agitadores vinieron á ser ellos mismos meros instrumentos en manos de Meneville, el intrigante que el duque de Guisa enviara á Escocia el año precedente. Meneville trabajaba para Felipe II: el primer acto de los ligueros, cuando se constituyeron oficialmente en medio de todos los Guisas, en el castillo de Joinville (4), fué ponerse bajo el protectorado de España.

Sin embargo, los parisienses creyeron desde los primeros meses que podían acabar solos la revolución que había de dar la corona á Enrique de Guisa. La mayoría se habían afiliado á la Liga, porque les parecía «una buena ocasión de ganar bastante dinero para vivir holgadamente con el favor de algunos señores» (5); y se habían sometido á un consejo de diez y seis delegados escogidos por los párrocos de San Severino y de San Benito á razón de uno por cada barrio de la ciudad (6). Este consejo hizo comprar armas por valor de seis mil escudos y reclutó una milicia comunal; «reclutó á todos los marineros y mozos de ribera, todos mala gente; á todos los carniceros y cortadores que hacen mas de mil quinientos hombres; á todos los chalanos y corredores de caballos que hacen más de seiscientos» (7). Las denuncias de uno de los cómplices y las vacilaciones del duque de Guisa ante tales aliados, hicieron aplazar los primeros proyectos de sedición; «sin embargo, una infinidad de gente menuda que tenía buena gana de entrar al pillaje murmuraba en alta voz.»

Enrique III conocía el peligro, y hubo de decirse lo que escribía á la sazón Villeroy: «Soy de los que están resueltos á sucumbir ántes que á hacer una villanía (8).» Procuró apartar á Felipe II de la Liga ofreciéndole á su vez su

(3) Hermano del jurisconsulto Francisco Hotman, que escribió la *Franco-Galia*.

(4) El 31 diciembre 1584, 16 enero y 31 marzo 1585. Véase Dupont *Cuerpo diplomático*, tom. V, pág. 411.

(5) Nicolás Pouillain, *Memorias*. M. de Lezeau que escribía en el reinado de Luis XIV, con documentos de familia, observa á este propósito (Ms. Hfz, Bibl. Santa Genoveva, *Consideraciones sobre la religión católica*) que fueron los pueblos los que formaron la Liga y que en ellos residía la materia y sustancia de esta y que los príncipes loreneses no eran mas que accesorios.»

(6) Ms. Bibl. Santa Genoveva, Hfz, notas de Lezeau. Los diez y seis delegados así elegidos eran: la Bruiere, perfumista; Crucé, Leclercq, Louchart, comisario; Morliere, notario; Senault, dependiente; Duburt, comisario; Drouart, abogado; Alveguin, Emonot, procurador; Jabliet, notario; Messier, Passas, Oudineau, Le Tellier, el abuelo de Louvois, Morin procurador. Véanse en el tomo IV, cap. I, los adjuntos ulteriores.

(7) Nicolás Pouillain, *Memorias*, p. 322.

(8) Villeroy á Matignon, 3 abril 1585, pág. 130.

alianza contra Inglaterra. Puesto que el duque de Guisa olvida los derechos de María Estuardo, ¿no toca al rey de Francia sostenerlos? Francia y España invadirán á Inglaterra y la someterán con Escocia al dogma de la Iglesia católica (1). Acaso creyó Enrique haber engañado á Felipe con esta rara propuesta ó tal vez fué él víctima de su propio fraude: ello es que de pronto se decidió á entrar bajo la tutela de los ligueros y á proscribir el ejercicio del culto reformado (2).

«Todavía no perderia yo el aliento, decía Villeroy (3), si supiera que este golpe pudiera abrirnos los ojos.»

La prenda de esta falsa reconciliación fué una guerra contra Enrique de Navarra: servía los intereses de Felipe II que á la sazón unía sus esfuerzos á los del duque de Guisa para hacer que el papa Sixto V excomulgara á los príncipes de Borbon. Enrique de Navarra será excluido de Francia, como Don Antonio lo ha sido de Portugal: Felipe II es el heredero legítimo de Enrique III por los derechos de su mujer Isabel de Valois, y los que se nieguen á reconocerlo por su soberano, serán sediciosos y herejes. ¿No hay quién habla de una especie de ley para excluir á las mujeres de la sucesión al trono? Llamásele la ley sálica. Bernardino de Mendoza que á su expulsión de Londres hubo de supplantar á Tassis en la embajada de Paris (4), no sabe mucho, que digamos, lo que significan estas palabras, y consulta legistas y se ahoga en la erudición (5). Pero de nada sirve esta ciencia: Enrique de Navarra está solemnemente excluido por la bula *Brutum fulmen* (6). Fuesa de esto, Guisa está conquistado: el rey de España recibe de él las gracias por las sumas «que hemos recibido, dice (7) de su liberal mano, que no quiero olvidar de humillísimamente besar á V. M. por él las ma-

(1) Mendoza á Felipe II, Cartas del 5 y 7 junio 1585. «V poniendo la corona á la de Escocia.»

(2) Dumont. *Cuerpo diplomático*, t. V, p. 453. Tratado de Nemours del 7 julio 1585.

(3) Villeroy á Matignon, 4 julio 1585, p. 133.

(4) Baguenault de Puchesse, la *Política de Felipe II en los negocios de Francia*.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 54, de abril 1585. Es el mes del cambio de los embajadores.

(6) Setiembre de 1585. Felipe II había intentado ántes corromper á Enrique de Navarra como á Enrique de Guisa: Aubigné habla de esta rara negociación, y el mismo Enrique de Navarra alude á esto, cuando fué rey de Francia. «No se me hará creer, dice á un embajador veneciano, que el rey de España no es capaz de favorecer á los herejes cuando le sea ventajoso. El rey de España me hizo á mí ofrecimientos importantes, cuando era jefe de los herejes para empujarme á la guerra contra Enrique III.» Rel. venec. Angelo Badoer; Alveri, tom. I, p. 152.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 119, set. 1585.

nos.» Repite todo lo que dice á Mendoza, sin desear nada tanto, añade (8), como hacerse digno de poder ejecutar las órdenes del rey de España.

Felipe II puede ahora desdeñar la alianza que contra Isabel le ofrece Enrique III; solo teme que el duque de Guisa retarde aún este negocio. «En lo de la impresa de Inglaterra, escribe á Mendoza (9), id abriéndole los ojos para que eche de ver el peligro en que se pone... Que acaben primero los herejes de Francia, porque mas importa á todos acabar los de cerca que los de lejos, y quizá la Reina madre propone la nueva impresa por hacer afloxar con los herejes de dentro de su reino. Que *Mucio* no se deje engañar.»

Léjos de estar dispuesto á olvidar su odio contra Enrique de Navarra, imagina el duque de Guisa combatirlo con una curiosa estratagemma y propone armar contra él á su propia mujer Margarita de Valois (10). Pide auxilios para ella. «Debe socorrerse, dice, á la princesa de Bearn, y os suplico que pueda recibir los cincuenta mil escudos... Hay que socorrerla cuanto antes, á fin de que no la abandone su servidumbre, ya que la hemos puesto como obstáculo á los designios de su esposo.»

Margarita que tenía todas las extravagancias de un espíritu inquieto y de una mujer exenta de ternura, entraba entónces en un período de su vida que creyó inútil dar á conocer (11). Por sus aventuras se puede conocer que de sus antiguas prendas no le quedaba ya más que su gran talento de escritora. A instigación del duque de Guisa se pronunció por la Liga y se apoderó de Agen. Confiando esta plaza á Mad. Duras, corrió el campo, escaló la ciudad de Tonneins y cayó luégo en una emboscada de que sólo pudo escapar saltando á la grúpa del caballo de Lignerac, su favorito. Lignerac la llevó en una noche á Auvernia; pero no tardó en tener él también sus quejas de la dama. «Entiendo, escribe Bernardino de Mendoza (12) que la Reina madre se lamentaba de haver muerto á puñaladas M. de Leñerac en el mismo aposento de la princesa de Bearne á un hijo de un boticario, tan cerca de la cama que se manchó con la sangre y decirse ser por zelos, que era lo peor.» Margarita se ocultó de Lignerac y

(8) *Ibid.* K. 1564, pieza 37, del 29 enero 1586.

(9) Felipe II á Mendoza, 17 agosto 1585.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 119.

(11) Sus *Memorias* se interrumpen en 1582.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1564, pieza 124, del 19 julio 1586.